

CONQUISTADORES DE MÉXICO.

En seguida insertamos el interesante estudio histórico que con este título escribió el erudito Sr. Orozco y Berra, tan conocido por sus trabajos sobre la historia de México.

El Sr. Orozco honró á su discípulo el Sr. Altamirano dedicándole esta nueva obra, y le dirigió la carta que insertamos á continuacion, notable porque viene á poner en relieve, una vez mas, la excesiva modestia que caracterizó al autor de la *Geografía de las lenguas*, y de tantos otros libros que están hoy llamando la atencion de los sabios europeos.

Las obras de tan eminente escritor no necesitan la proteccion de nadie para ser estimadas, y muy al contrario, honran demasiado el nombre de aquel á quien se dedican. En el caso presente, nuestro amigo Altamirano debió considerarse dichoso con haber recibido tan brillante prueba de afecto y de distincion de parte de su maestro.

La carta del Sr. Orozco dice así:

«Sr. D. Ignacio M. Altamirano.—Muy apreciable amigo: Acepte vd. como una ligera muestra del aprecio que le profeso, el pequeño trabajo que le acompaño. No le desprecie vd. por ello, porque para adquirir alguna valía busca la proteccion de su buen nombre.—Desea á vd. cumplida felicidad su afectísimo amigo y servidor Q. B. S. M.—MANUEL OROZCO Y BERRA.»

CONQUISTADORES DE MÉXICO.

I

Cuando Cristóbal Colon presentó en la Península Ibérica las producciones del recién descubierto Nuevo Mundo, y con su entusiasmada y poética imaginación describió los ricos y encantadores países encontrados al medio del Océano, las imaginaciones no menos vivas y pintorescas de los españoles se exaltaron, y el ardor nacional tomó el rumbo de las acciones arriesgadas y de las empresas de todo género. Multitud prodigiosa de hombres dejó su patria, para ir allá muy lejos, en busca de nuevas comarcas, de reinos poderosos, de tesoros inmensos, y allí enriquecer pronto, ganar fama, y destruyendo á los idólatras, hacer triunfar el culto de la Santa Cruz.

Nobles y pecheros siguieron el impulso general, si bien aquellos fueron respectivamente en corto número. La turba de aventureros abandonaba su país confiada y satisfecha, contando solo con su corazón y con su espada. Terminaban en España las porfiadas y sangrientas guerras contra los moros; estaban frescas aún las memorias de las hazañas prodigiosas rematadas en la Vega de Granada por los cumplidos caballeros cristianos; se admiraban todavía las proezas de los zegríes y de los abencerrajes; se enardecía el pueblo con la relación de los sitios y de los combates, abultados y revestidos de formas fantásticas en las tradiciones populares; y el orgullo de la victoria, largo tiempo disputada y por heroicos esfuerzos conseguida, infundía seguridad en los ánimos y les daba suficiencia. Comun y continuada la lectura de los caprichosos

libros de caballería, nadie ignoraba, y muchos creían en los encantamientos, en el pacto con los espíritus superiores, en los portentos de la magia, obra de la ciencia, y en los horrores de los sortilegios nacidos del poder comunicado por el mismo Satanás. Mezcla de ideas paganas y católicas, abrigadas por fantasías meridionales, que daban por resultado la creencia de que nada había imposible para el hombre, supuesto que no era difícil encontrar una protección sobrenatural para vencer todo linaje de obstáculos y de contradicciones. Y si esto podía lograrse por medio de la magia, más fácil era aún alcanzarlo, si puesto fervorosamente el corazón en Dios, con fe sincera y con la santa idea de hacer triunfar la verdadera religión, tenía que combatirse contra los paganos y contra los infieles, gente descreída, abandonada por la Divinidad á los cristianos.

Si á estos elementos, tomados de entre los principales de aquella época, reunimos los constitutivos del carácter español, resultarán, sin entrar en un prolijo exámen, las buenas y las malas cualidades que adornaban y desfavorecían á los aventureros castellanos del siglo XVI. Leales á su rey, valientes y esforzados; tenaces, religiosos hasta la superstición; confiados y arrogantes; crueles con los vencidos porque eran de una raza despreciada; implacables porque perseguían idólatras; rapaces para hacer fortuna; pródigos para desperdiciarla en el juego ó en los placeres, una vez conseguida; predicadores fervientes y soldados corrompidos; campeones nunca puestos en olvido por la fama, manchando sus laureles con los tormentos aplicados á las víctimas con fría impassibilidad; hombres de bronce, sufriendo sin quejarse toda clase de penalidades, rematando como por pasatiempo sus prodigiosas conquistas, para entregarse luego al reposo y á las delicias; removedizos en la tierra sojuzgada, sin apego á los trabajos materiales de la labranza y del comercio; turbulentos, reacios para sujetarse á la disciplina que no era impuesta por sus gefes militares; apegados nímiamente á las fórmulas forenses y buscando en ellas el remedio y el apoyo de sus faltas; amos intratables; padres de familia descuidados con los hombres y vigilantes con las mujeres. Reunión de fases contradictorias, ante la cual

se vacila entre saludar al héroe ó despreciar al merodeador, porque lo eran todo junto.

Luego que se descubria alguna nueva provincia, se fundaban en ella las mas lisonjeras esperanzas, se la pintaban unos á otros como la region mas afortunada y feliz, llena de oro y de belleza, de prodigios y de fábulas; los aventureros acudian á bandadas para alistarse en la expedicion que iba á la conquista de aquel paraíso, y emprendian la marcha entretenidos con agradables sueños, platicando alegremente de su futura fortuna y del regalo que les aguardaba. Llegados al lugar apetecido, por rico y hermoso que fuera les parecia triste y pobre, segun ellos se lo habian figurado, y comenzaba el desengaño; seguian duras enfermedades, privaciones sin cuento, fatigas y molestias propias para abatir al mas robusto, y sobrevenia la saña de los indios que, acosados, pagaban la crueldad de los blancos con refinamiento de barbarie: el mayor número perecia, los demás se disgustaban y se retiraban desalentados á contar su malaventura, y muy pocos, hábiles ó afortunados, recogian, caramente comprada, alguna pequeña riqueza. Pero tan pronto como habia otro descubrimiento, volvian á presentarse las locas esperanzas, se ponian en olvido las lecciones de la experiencia, se presumia que no iba á acontecer entonces lo que sucedió antes, y los aventureros tornaban á alistarse para ir á caer en los propios males: recogian siempre desengaño y no les faltaba una ilusion que perseguir.

Las empresas se hacian de comun por cuenta de armadores que contaban con posibles ó con valimiento en la corte. Puesta la mira en alguna provincia, el empresario *capitulaba* con el rey, es decir, formaba un convenio para hacer á su costa la conquista, mediante una recompensa convenida, que consistia en títulos, ó tierras, ó rentas sacadas del país sometido, quedando el resto de lo domeñado á beneficio de la corona. Declarado el gefe de la expedicion, alzaba sus pendones y recogia los soldados que se le presentaban, hasta el número que podia ó juzgaba suficiente. El transporte era en buques proporcionados por él; prevenia víveres para el pasaje, armas para repartir á los enganchados, quienes pagaban el importe y las

municiones necesarias para las ballestas y los arcabuces: la artillería de comun era exclusivamente suya. Los aventureros no gozaban sueldo alguno: los despojos ganados en la guerra se ponian en un fondo comun, y terminada se hacia la particion, sacando el quinto para el rey, del resto la parte estipulada para el jefe, y lo demás se subdividia en porciones, mayores las de los ginetes á las de los infantes. En campaña, se vivia sobre el país; sojuzgada la provincia, se repartia ó encomendaba la tierra, con lo que cada soldado se convertia en colono y en propietario: en estos repartimientos los jefes obraban á discrecion y generalmente con parcialidad.

II

Repitiendo lo que ya otra vez he dicho, la conquista de México es un acontecimiento tan maravilloso, que parece un cuento de hadas. Si la historia no lo atestiguara con irrefragables documentos, esa relacion pasaria por una fábula, por el invento de una imaginacion descarriada.

Un puñado de aventureros llegó confiado á un país ignoto. Las noticias que adquirió le enseñaron que existia un reino poderoso, un señor fuerte y temido. Sin consultar mas de á su arrojo, resolvió apoderarse del reino y del señor. ¿Con qué medios?—Con su espada. ¿De cuál manera lo pondria en práctica?—No lo sabia.

El jefe de la banda era tenaz cuanto mañero. Apenas comenzó á penetrar al interior, supo aprovechar diestramente las circunstancias, sacar partido de los menores incidentes. Combatiendo donde quiera que le hacian resistencia, peleando con suma valentia sin contar el número de los enemigos asombró á las tribus que poblaban la tierra, haciéndose aliados de los contrarios que vencía, súbditos sumisos los habitantes de los pueblos por donde pasaba. Llegado á la capital del grande imperio, con temeridad coronada por el éxito, se apoderó del señor. Perdidas las ventajas adquiridas por un acto

de rapacidad, destrozados los merodeadores en una jornada infausta, el jefe se mostró siempre grande; derrotó en una batalla memorable los innumerables batallones que le salieron al encuentro despues de ya vencido, y casi por milagro pudo salvarse de su total pérdida.

Pocos meses despues, con los pequeños refuerzos que le llegaron, entró de nuevo en campaña. Las tribus indias, cegadas por la venganza, por la envidia, por bastardas pasiones, habían desertado de la causa de su patria para ayudar al jefe astuto; de manera que, cuando retornó contra la gran ciudad que codiciaba, quedaban á esta pocos y dudosos amigos, que al cabo fueron tambien domeñados y engrosaron las filas de los conquistadores.

Durante el asedio de la capital, el puñado de aventureros, sin tener un fuerte lazo de union con sus aliados; perdidos entre la multitud de los guerreros que les ayudaban; empeñados en lances de los cuales parece maravilla pudieran salir ile-sos, se hicieron obedecer, se hicieron servir, se hicieron adorar. Hombres de hierro, pelearon mas de tres meses de día y de noche, vestidas de continuo los armas, con escaso alimento, expuestos á la intemperie, y sin desmayar por los obstáculos, sin que llegaran ni á sospechar que acometian una empresa descabellada, sin que se hubieran puesto á pensar en su insuficiencia para tamaña labor.

El sitio y la toma de México es el acontecimiento mas grande de nuestra historia; honra á los sitiados y á los sitiadores. Sin que pueda achacarse á espíritu de nacionalidad, la defensa de su poblacion hecha por los mexicanos se puede poner en paralelo con las celebradas de Sagunto, de Numancia y de Zaragoza. Los guerreros desnudos, con armas flacas, combatian contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos de cañones y de mosquetes; y derrotados siempre, volvian á la pelea sin que les flaquease el ánimo, convencidos de que les aguardaba la muerte, preferida á perder su libertad. Acabados los mantenimientos, comieron las sabandijas del lago, los insectos del suelo, las yerbas, las ramas y las cortezas de los árboles; escarbaron la tierra para sacar las raíces: el acero

enemigo colmó de cadáveres las cortaduras de las calzadas, los fosos, las casas; la corrupcion de los muertos envenenó el aire y la pavorosa peste se asentó entre los defensores: arrasados los edificios hasta los cimientos, luchaban aún sobre los escombros, y se refugiaban despues en lo que quedaba en pié: vendidos por sus amigos, abandonados por sus aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurreccion, hicieron frente á todos y ademas á los extranjeros: combatieron y combatieron, nadie habló de rendirse, y la ciudad cayó en poder de los contrarios, cuando no habia mas de ruinas, cuando los hombres hambrientos, débiles, cansados, no podian blandir las armas, cuando el contagio hacia inútil todo esfuerzo, cuando los desampararon hasta sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en ofrecimientos, avaros á la hora de cumplirlos. Murieron muchos de hambre, sin tocar á las carnes de los cuerpos de los suyos, que tan negra costumbre solo se entendia con el enemigo detestado.

Vencidos y vencedores fueron grandes.

Si echamos una mirada sobre los personajes principales de esta terrífica y encantadora Iliada, encontraremos que Moctezuma II ó Xocoyotzin se mostró supersticioso é irresoluto; despreciado por sus súbditos, herido por ellos, acabó al acero de sus pérfidos huéspedes. No murió como rey, no; terminó como un pechero y sin dar lustre á su alta dignidad.

Cuitlahuac fué una estrella errante que dejó iluminado el pequeño espacio por donde atravesó.

La figura del último emperador azteca se alza limpia y sin tacha, demandando el respeto y la admiracion. Cuauhtemoc fué un gran príncipe y un cumplido cáballero. Elevado al trono en los tiempos mas difíciles del imperio, aceptó el cargo con toda abnegacion; se entregó con ardor á salvar su nacionalidad moribunda, y combatió sin tregua ni descanso; la muerte respetó su vida en las batallas, que no quiso librar dándose á partido, ni aceptando las ofertas de sus enemigos; cuando ya no tuvo elementos para lidiar quiso dejar los escombros de su capital, no solo sino llevando á su familia y á sus parciales. Alcanzado por el bergantin de García Holguin

y mirando que encaraban para su canoa las ballestas y los arcabuces,—«No me tiren, dijo, que yo soy el rey de México «y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues a mi «mujer ni á mis hijos, ni á ninguna mujer ni á ninguna cosa «de lo que aquí tengo, sino que me tomes á mí y me lleves á «Malinche.»—Este es el lenguaje que le presta Bernal Diaz, que si no es culto, encierra copia de sentimientos generosos. Su entereza no fué desmentida cuando estuvo en la presencia de su vencedor.—«Señor Malinche, exclamó, ya yo he hecho «lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, «y no puedo mas; y pues vengo por fuerza y preso ante tu «persona, toma luego ese puñal que traes en la cinta y máta- «me luego con él.»—En aquel momento podia decir con mayor verdad que el rey francés, que todo lo habia perdido menos la honra. Llevado al tormento para que descubriera sus tesoros, desplegó la estoica indiferencia de que los salvajes saben hacer alarde contra la saña de sus verdugos, y dejó á la posteridad las palabras que le arrancó el valor y no la tortura. Fué á morir muy lejos, en una tierra extraña, de una manera inmerecida é ignominiosa, en un rato en que el miedo hizo flaquear al conquistador. La nacionalidad azteca quedó sepultada en aquella ignorada tumba.

D. Hernando Cortés ha sido juzgado generalmente de una manera apasionada. Sus panegiristas han loado de una manera enfática sus prendas, mientras sus detractores no han encontrado palabras para abultar sus defectos. Aquellos y estos se han engañado, en mi concepto; el retrato del hombre tiene fuertes toques de luz y de sombra, y de haberlo visto solo bajo una faz han procedido tan encontradas opiniones. Si se quiere obrar con imparcialidad, dígase lo bueno y lo malo; D. Hernando rebajará un poco entonces, mas no por eso dejará de aparecer grande. Sáquesele á plaza su ingratitude con Diego Velazquez, su trato doble y falaz con las tribus, la perfidia cometida con Moteuczoma; póngase á su cuenta la matanza inútil de Cholula, el asesinato del monarca azteca, su sed insaciable de oro y de placeres; no se olvide que ahogó á su primera esposa D.^a Catalina Juarez, que cometió una villa-

nía al poner en el tormento á Cuauhtemoc, que perdió á su émulo Garay, que por conservar el mando se hizo sospechoso de la muerte de Luis Ponce y de Márcos de Aguilar; acúsele aún de lo demás que comprobado conste en la historia; pero entonces hágasele descargo de que fué político sagaz y capitán valiente y entendido; que dió cima á uno de los hechos mas asombrosos de los tiempos modernos; que acabada la guerra se dedicó á establecer una buena administracion, é introdujo en la colonia semillas y plantas útiles, la cria de animales, y planteó algunos ramos desconocidos en México; que fueron de suma importancia sus empresas agrícolas y mineras; que contribuyó mucho al conocimiento de la geografía de América con sus viajes así por tierra como por mar, y que merece bien de la ciencia por las naos que armadas de su cuenta recorrieron las costas de nuestros mares. Si expropió una raza, si la desheredó y la redujo á la servidumbre, dió principio con mejores elementos á otra nueva raza, que al llegar á independerse se encontró dotada con lo que nunca habia poseído la generacion maltratada. Desapareció la nacionalidad azteca; pero nació la nacionalidad mexicana, del consorcio de aquella y de la nacionalidad española. Si borró del mundo una civilizacion, la sustituyó con otra mas adelantada y perfecta. Solo elogios puede merecer por haber contribuído á derrocar una religion tenebrosa y sangrienta, para poner en su lugar las santas doctrinas del Evangelio.

De en medio de tan encontrados elementos veremos que la figura sombría y noble de D. Hernando se alza muchos codos sobre la estatura comun de la humanidad.

III

A fin de comprender la superioridad que los invasores tenían sobre los indígenas en materia de armas ofensivas y defensivas, vamos á ocuparnos en nombrar algunas de las que á nuestro país trajeron.